

triunfo, sino asesinarlo también por alevoso, creo que no llegará ese caso y tendrán tomadas sus precauciones. — Sí, Bandoloncito, contestó el charro, sólo una desgracia inevitable podrá causarnos pesadumbre; chupa un puro y esperemos aquí agazapados.

Silvestre el guía de Astucia, así que lo pasó un buen trecho más allá del desfiladero, empezó á andar por allí subiendo y bajando, exclamando : — ¿ Por dónde habrán esos malditos amontonado el tabaco? espéreme aquí tantito su merced, voy á buscar allí arribita, y se encumbró á toda prisa perdiéndosele de vista; así que pasó un buen rato conoció Astucia su chasco, lleno de cólera se volvió paso á paso renegando de su condescendencia, con su carabina terciada en la cabeza de la silla; como á las ochenta ó cien varas antes de pasar por el paso del Muerto, se oyó un disparo y la bala dándole en la falda del sombrero se lo quitó de la cabeza. — ¡ Ah traidores! exclamó agachándose á recogerlo; á ese tiempo salió Pepe que al oír el tiro y ver balonearse á su hermano se figuró que lo habían doblado. — ¿ Qué ha habido, Lencho? gritó lleno de inquietud. — Nada, hermano, contestó acabándose de enderezar, tendré que comprar sombrero nuevo, esto no admite compostura. Y le arrancó un pedazo de falda que estaba colgando. — ¿ Pero quién ha sido ese pícaro que? y siguió el rastro del humo, empezó á buscar por arriba, mientras Pepe se trepó sobre una peña con el mismo empeño y percibió á una distancia ir corriendo al del caballo prieto para atravesar el estrecho primero que Astucia. — Ahí va bajando ese pícaro, Lencho, déjame cazarlo al vuelo, y se puso en guardia siguiéndolo con la vista hasta que tomó la vereda, se tendió en el caballo y quiso pasar la angostura, á escape Pepe apuntando con su carabina, y diciendo : — ¡ Que Dios te ayude! soltó el tiro, la bala se le introdujo á aquel infeliz por el pulmón, y otros ocho tiros que casi sonaron á un tiempo lo hicieron descender con todo y caballo por el desfiladero haciéndose pedazos contra las peñas, rodando hasta el fondo de aquella inmensa profundidad. El Bulldog que vio desaparecer el bulto, bajó del mirador dando saltos de gusto gritando : — ¡ Bien, muchachos, bien! Adiós para siempre, señor Astucia, un recadito á Lucifer; para Astucia, astucia y

media, yo le enseñaré á burlarse de mí. ¡ Viva el resguardo! vi... y otra descarga por el mismo rumbo le interrumpió la palabra, luego percibió algunos gritos amenazadores, más tiros, lamentos y gente que subía; al descubrir uno de los suyos que iba punteando, gritó : — ¡ Viva el resguardo, muchachos! — ¡ Vivan los charros! le contestó Tacho apareciendo y disparándole una pistola. ¡ Vivan los Hermanos de la Hoja! — ¡ Vivan! repetían multitud de voces. — ¡ Mueran los soplones! — ¡ Mueran, muera! también gritaban los demás, prolongándose aquel eco por toda la cañada. — El Bulldog aturdido por tan inesperado suceso, se cubrió con un árbol, sacó una pistola, y al dispararla para el grupo que subía muy espacioso conduciendo algunos heridos que con sus lastimeros ayes se confundían con los mueras de los arrieros, una bala desprendida de la carabina de Tacho le voló la pistola de la mano, por lo que al verse desarmado no tuvo más recurso que correr afanoso para donde dejó su caballo; cuando ya iba á medio camino se le metió el sable entre las piernas y descendió un buen trecho rodando entre el zacatonal, desabrochó el cinturón y allí dejó la cubierta y su sombrero, llevándose la hoja desnuda, volvió á resbalar en el ocoxal, y queriendo apoyarse en ella se dobló, y también descendió de costillas otro trecho, mientras los arrieros silbándole y sonándole las rodilleras, lo azuzaban y se carcajaban llenos de risa; por fin, á gatas arañando la tierra, bañado de sudor y lleno de fatiga, llegó á subir á la meseta, á donde diviso á su caballo esperaba encontrar su salvación : pero se quedó petrificado cuando al enderezarse lo saludó el Sultán con un imponente ladrido, y se fué encontrándose con Astucia rodeado de sus tres hermanos que al mirar su sorpresa, á un tiempo soltaron estrepitosas carcajadas, y el Bandolón con cara compungida amarrado en unión de los caballos. — Quieto ahí, Sultán, dijo Astucia acariciando á su perro que á la menor insinuación de su amo, se hubiera arrojado sobre el azorado Bulldog. — La que piensas te hago, comandante, sobre advertencia no hay engaño; acuértese que le dije al pie de las Lajas, que el día que vd. le viera la cara á Astucia, ése sería el último de su vida, es vd. caprichoso y su orgullo aquí me lo entrega. Sacude tantito á esa criatura, Pepe, límpiale la carita, Charro,

dale tantita agua, Tapatío, no le vaya á dar una alferetí, ándalo, ándalo antes que se acalambre. Cada uno fué haciendo lo que les mandó, y estaba aquél tan fuera de sí, que no puso resistencia.

Llegó Tacho y sus arrieros conduciendo tres heridos algo graves, otros leves, y tres en que se apoyaban los primeros. — ¿Qué hacemos con esta canalla? preguntó á la vez que tiraba en el suelo la pistola quebrada del comandante, su sombrero, el cinturón con la vaina, y la espada hecha un arco que fueron recogiendo. — El comandante, respondió Astucia, ha ofrecido diez onzas al que me pegara el primer tiro, ese pícaro de Silvestre que ha rodado en el desfiladero los ha ganado, miren mi sombrero que no me deja mentir, con que así llévense al comandante para que en mano propia se las entregue, y que los acompañen sus valientes cachorros para que no lo vaya á espantar el muerto. — Conque váyanse benditos de Dios, y denle todos vds. de mi parte una memoria á Satanás, buen viaje, camaradas, hasta el valle José Juan. Al oír aquellos infelices su sentencia de muerte desbarrancados en el desfiladero, empezaron á implorar misericordia, y compadecido Astucia les dijo: — Levántense, miserables; mira, Tacho, véndale á ese hombre la pierna porque se está desangrando mucho, tú haz lo mismo con ese charro, mientras yo curo á este otro desgraciado.

El comandante vigilado por el Tapatío, que agarrado de un brazo se paseaba de un extremo á otro, sufría el mayor tormento, royéndose el bigote de rabia y teniendo por segura su muerte, sentía que le faltaba hasta el aire para respirar, á pesar de estar casi en la punta del cerro que dominaba la cañada. Así que acabó Astucia de restañarle la sangre al que se dedicó á curar, se acercó al comandante diciéndole: — ¿Quién tiene la culpa de que estos infelices derramen su sangre, maldecido Bulldog? toda la que vd. sustenta en su cuerpo, no es suficiente para reemplazarla; suéltalo, Tapatío, quiero verlo frente á frente, á ver si tiene valor para mirarme la cara. ¿Dígame, infame, qué cosa le he robado? ¿cuál es el mal que por mi causa ha sufrido, y de dónde nace ese rencor que me tiene, para poner á precio mi existencia valiéndose de la traición?

contésteme, maldecido, y le dió un tirón de los bigotes que por poco lo clava en el suelo de cabeza. — Mi deber, respondió el Bulldog á media voz, mi obligación, los señores me comprometen y... — Váyanme vds. á buscar el arma con que me tiró Silvestre, les dijo á los demás que podían andar, para darles ocasión de que se largaran y no tener que hacer justicia con ellos, y prosiguió: — Yo también tengo deber, señor comandante, y por lo mismo expongo el pellejo y me rifo con los que quieran estorbarme el paso, no me valgo de alevosías, pero no me ha contestado categóricamente á mi pregunta, ¿dígame el motivo de su odio, quiero saberlo? — « Personalmente no hay ninguno como se lo aseguré en las Lajas á Gaviño ignorando que era el mismo Astucia, el que me recomendaban los jefes », pero le prometo que... — Que no me volveré á fiar de la palabra de un alevoso, ¿lo entiende? En esto regresaron los buscadores, y entregaron á Astucia la misma yoga que le regaló al Bulldog, al verla se encendió en ira diciendo: — Maldito sea vd., comandante, pues ha mandado que con mi misma arma me fusilen, ¿qué debo hacer yo con sus pistolas sino pagarle en la misma moneda? ¿dónde están, quién de vds. las trae? — Yo, respondió uno de los arrieros presentándoselas. Las empuñó Astucia, y poniéndoselas en el pecho al Bulldog iba á descargarlas, pero arrojándolas lejos de sí exclamó: — No soy asesino, ni mancho mis manos con la sangre de un traidor; móntese en su caballo y lárguese antes que me dé la gana de patearlo, y se me suba el tonto á la cabeza; suelten á ese otro bicho de su asistente. Vds. llévense cargando á esos hombres, le dan al médico de Huamantla esta seña diciéndole que se encargue de asistirlos y que yo pagaré su curación; yo dejaré avisado en la tienda de D. Sebastián, dijo á los heridos, para que les pasen un diario mientras se alivian, busquen otra manera de vivir sin que sea perjudicando á sus paisanos y exponiendo el cuero por el miserable sueldo que les dan, échense al tajo antes de volver á ser soplones, y ciegos instrumentos de un malvado, tan cobarde como traidor, lárguense. — Pero, hombre, dijo Pepe. — ¿En qué piensas? replicó Tacho mirando libre al Bulldog y demás achichintles. — Nadie me replique, silencio, déjenlos marchar. El Bulldog, al tomar el estribo, no sabía si era sueño ó realidad

lo que había pasado; pero el ardor que sentía en la cara del estirón de bigotes le recordó su rencor, llenándose de gusto al ver que debajo del bosquecillo estaban las pistolas de arzón que allí portaba, con mucho disimulo empuñó una con la mano derecha, quebró su caballo por el lado del subir, y así que salió del círculo que todos formaban la disparó violentamente sobre Astucia diciendo: — Tenga su merecido, grandísi. y sirviéndole la pistola de cuarta apuraba á su caballo en la cuesta arriba. Pepe arrancó á ver á su jefe, preguntando: — ¿Dónde te dió, hermano, dónde te dió? Todos los demás preparando sus armas, iban á descargarlas al traidor Bulldog, y uno de los mismos suyos le disparó un tiro que le dió al caballo en una nalga. — Nadie le ofenda, gritó Astucia, apagándose las puntas de la mascada del cuello que ardió con el fogonazo, y haciendo á todos retirar sus armas. — ¿Qué tal si no le quito las balas? exclamó el Bandolón, siempre ese maldito nos da una pesadumbre.

Todos aunque llenos de indignación tuvieron que obedecer á las órdenes de su jefe, excepto uno que partiendo como un rayo lo alcanzó, y cuando iba tendido sobre el caballo con la cara volteada para el lado derecho, dándole pitolazos por la anca para que corriera, de un brinco le afianzó el brazo izquierdo, y con el peso de su cuerpo lo chispó de la silla; éste fué el Sultán que sin soltar su presa bajaron ambos rodando hasta parar en la meseta. Al verlos hechos bola gritó Astucia: — *Plaza, señores, plaza, un Bulldog contra un mastín, déjenlos retozar, ocho á cuatro á mi sultán; casen, casen encomenderos.* Todos formaron círculo mirando aquella encarnizada lucha; en fuerza de muchos esfuerzos y golpes con la pistola, pudo el Bulldog quitarse al perro de encima y pararse con todo el brazo masticado tratando de acobardar á su contrario dándole un buen golpe en la cabeza, el perro le hizo un quite, á la vez que brincándole furioso le plantó una tarascada en la cara haciéndole trizas un carrillo, entonces lo abrazó lleno de mohina queriéndolo ahogar, lucharon un poco, cayó el perro debajo y su contrario atravesado sobre él, en vano le buscaba el pescuezo para apretárselo, cada vez que lo intentaba retiraba sus manos mutiladas, hizo el perro un esfuerzo, y cambiando de posición, le

afianzó la garganta, dieron sus grandes quijadas tres ó cuatro muelladas, el Bulldog se estiró lleno de convulsiones, volteó los ojos en blanco y expiró. Fué tan violento todo aquello, que en seis ú ocho minutos pagó aquel infeliz todas sus alevosías. En cuanto quedó inerte se retiró el Sultán cesando de fatiga, enseñando sus colmillos ensangrentados, y arrimándose á su amo meneaba la cola y hacía fiestas como dándole á entender: estás vengado. — Bien, Sultancillo, bien has quedado, le dijo Astucia haciéndole cariños, desde mañana se te dará un pambaso más. Señores, todos vds. son testigos de este lance, ni los Hermanos de la Hoja, ni sus valientes arrieros, han privado de la vida á ese infeliz, aquí tienen patente un castigo de Dios, nadie le aconsejó á mi perro que me vengara, la sangre de vds. que por un capricho aquí han regado, mírenla revuelta con la del traidor que tenía sed de la mía, recojan todas sus cosas, entréguenlas á sus deudos, y den gracias á Dios de poder contar el cuento, pues si nosotros fuéramos tan pillos y alevosos como vds., tiempo hace que estuvieran acompañando á Silvestre que con todo y caballo habrá ido á parar hasta el infierno, lo mismo que su comandante con todo y pistola; salvo la misericordia de Dios que es infinita; mira, Bandolón, á pesar de las señas que mando al médico, dile que le recomiende la eficaz asistencia de estos pobres, y que me cobre lo que fuere, tanto de las medicinas como de su trabajo, porque nosotros no somos asesinos, y hacemos cnanto bien se puede á nuestros semejantes.

No hallaban aquellos hombres voces con que demostrar su agradecimiento, cargaron con sus heridos, atravesaron el cuerpo del Bulldog en su propio caballo, y llegaron á su cuartel contando el caso tal y como aconteció, de lo cual se hizo el correspondiente proceso y demás averiguaciones, sacando de la barranca el cuerpo hecho pedazos de Silvestre; quedando aquellos hechos en el protocolo para incidente de los culpables cuando cayeren en poder de la justicia. Astucia seguido de los suyos se retiró por distinto camino, lamentando aquel suceso que sin duda podría acarrearles otras consecuencias. — ¿En qué piensas, Lencho? preguntó Pepe. — En lo que piencho piencho, le contestó, yo no quería que el Bulldog hubiera pagado tan

pronto, ya le conocíamos el juego, y sin dificultad lo sorteábamos, ahora siento no haberle quitado al perro, pero me dió tanto coraje ver que le pegaba de pistolazos al pobre animal, que por eso mandé formar plaza, pero francamente mejor hubiera querido que acobardado el Sultán se hubiera retirado sin lograr su triunfo, ahora tendremos que estudiar al que lo reemplace y emplear nuestras estratagemas, que nos hubiéramos excusado si evitamos el acontecimiento; pero ya sucedió esa desgracia, y Dios haya perdonado á esos infelices, nadie sabe el fin que se le espera. En cuanto tuvieron oportunidad obligaron al Tapatío á que contara su historia, y continuara con la de Chepe que á los dos los ligaba, y accediendo, comenzó en los términos siguientes :

CAPÍTULO VI

Historia del Tapatío, segunda parte de la de Chepe
Botas, y trastornos de familia.

Vamos al cuento, dijo el Tapatío, ya les he dicho que soy Guadaluajareño, natural de Pantitlan y por esta causa me dieron el sobrenombre de Tapatío, con que desde chico me distinguían de otros jóvenes que nos reuníamos para viajar en nuestro giro; digo nuestro, porque desde que salí de la escuela, andaba siempre con mi padre de encomendero, así les llaman por allá en casa á los que se encargan de conducir partidas de animales á su realización, y les pagan por su encomienda un tanto proporcional, ó les destajan precio moderado para dejarles á ganar alguna cosa. Mi señor padre había tenido esa ocupación por muchos años, su buena conducta y legalidad, le dieron mucho crédito con todos los hacendados y rancheros que confiaban á su eficacia y conocimiento sus intereses, anunciaba su marcha y ocurrían á mi casa sus amigos trayéndole los animales que se había propuesto realizar en ese viaje, según él calculaba la buena época de que valieran ó que le habían encargado, como caballada bruta ó mansa, mulada, pastorías, en fin lo que se proporcionaba; como tenía algunos fonditos suyos, también hacía compras por su cuenta para comerciar, se reunía la partida, á cada dueño se le abría su cuenta, á algunos les anticipaba cantidades, y con los aventureros que nos servían de criados en cada viaje marchábamos para Mexico, tierra Caliente, Puebla, ó hasta donde se podía vender la última cabeza, sino era que por todo el camino veníamos realizando, y ya sólo el resto llegaba á la capital; se recogía el dinero, se compraban encargos de los mismos dueños y hasta que regresábamos á la casa, se hacían las liquidaciones, y entregaban los alcances á